

descansar unos días a Rionegro. En el año de 1880 fué nombrado Capellán de San Antonio de Pereira en donde permaneció hasta el año de 1882. Conocido por los vecinos de Mesopotamia como una actividad incansable por todo lo que se dijera engrandecer el reino de Cristo sobre la tierra, lo llamaron para que emprendiera la construcción de un Templo a la Divinidad, que sirviera como un grandioso monumento del eterno agradecimiento de los hijos de ese pueblo para con Dios, y como una súplica también eterna que el pueblo dirige constantemente al Padre de toda misericordia. Con este fin pasó a esa población el año 1883, y permaneció en élla hasta que terminó el templo que aún hoy está en pié para atestiguar los incansables esfuerzos del que supo afrontarse con tan magna empresa. Llamado en seguida por su Prelado para la Coadjutoria del Carmen, no se quejó de los esfuerzos hechos, ni de las fatigas, de las cuales ni siquiera se había repuesto, sino que silenciosamente y con la mayor alegría corrió a ocupar el puesto que se le había confiado; pues para él era lo mismo un trono que un calvario, siempre que llegara allí por voluntad de su Superior. Y pocos meses después, pasó a desempeñar el Curato de Cocorná.

De esta última Parroquia partió para Bogotá a colocar a Manuela, una hermana suya, en el Convento de Santa Clara. Este viaje que hizo en el año 1890, fué para el pueblo de Aranzazu, de muchísima trascendencia; por que a su regreso de Bogotá se hizo amigo del Señor Riaño, Se-

cretario entonces del Ilmo. Señor Bernardo Herrera Restrepo; y esta entrevista tuvo nexos íntimos con la venida suya para esta población. Habiendo desaparecido del mundo de los vivos, o mejor de los muertos el Presbítero Eliseo Gómez Ramírez, Cura de Aranzazu, el día 21 de Enero de 1891, el cual era ídolo del pueblo por sus relevantes prendas morales, por su corazón de ángel, por haber sido durante su vida un varón apostólico entregado completamente al servicio de Dios; por haber sido «bonísimo con los pobres», según frace de un testigo ocular «trabajador de día y hasta altas horas de la noche»; por todo esto repetimos era queridísimo de su pueblo. Para dar un digno reemplazo de tan digno Párroco, el Ilustrísimo Señor Herrera Restrepo, pensó en el Padre Gallo, como un Sacerdote de reconocidas prendas de ciencia y de virtud.

CAPITULO VII

SU LLEGADA A ARANZAZU

El día 14 de Febrero de 1891, llegó a la Párrroquia entre las multitudes que se agolpaban, ya para acompañarlo en el momento de sus triunfos, ya para conocer su nuevo Párroco. Y él, que era todo amabilidad, no le faltaba una sonrisa en-

cantadora y un saludo para todos y cada uno de los que se le acercaban o veía de lejos. Y de aquí que las lágrimas que habían corrido abundantes por la muerte de su Párroco, se fueron secando con el fuego del amor que fué presidiendo en todos los corazones de sus feligreses.

Desde el momento de su llegada, puso todas sus energías al servicio del pueblo que se le había confiado. Empezó la pintura del templo. Atendía con la misma amabilidad y todas las horas del día y de la noche, al pobre como al rico, al ignorante como al sabio; oía la confesión a toda hora que alguna alma enferma de las dolencias del alma, se acercaba a él para pedirle un remedio para sus males espirituales; a los enfermos les administraba todos los sacramentos, los acompañaba como soberano amigo hasta darles el adios postrero, y les encomendaba sus almas a los Coros angelescales, para que las presentaran ante el trono de su divina majestad; no temiendo, para conseguir este fin, ni a las más negras y tempestuosas noches de invierno.

No contento con hacerles estos servicios a los enfermos, acostumbraba llevarles el Santo Viático hasta los más remotos confines de su extensa Parroquia, hasta que algún Sacerdote que se creyó de más altas capacidades intelectuales, le insinuó la falsa idea de que esto era prohibido por los sagrados Cánones; y entonces el Padre Gallo, que como Santo que era, le tenía horror no sólo al pecado sino a todo lo que tuviera

semejanza con tan monstruoso enemigo de la virtud, se sometió al fallo de aquel Sacerdote, a quien él en su humildad juzgó como una lumbrera, y se privó, en adelante, de este placer tan grande para los pastores celosos y que estiman en su verdadero valor las gracias que el cielo manda a sus hijos por medio de los sacramentos, y privó a los enfermos de este auxilio tan necesario para el peregrino que con temblores espantosos, entra por las puertas de la tumba a las ignotas regiones de una eternidad..... Dios quiera que en nuestro días no resulten Sacerdotes tan *sabios* como el que citamos, y que solamente sirven para hacerle mucho mal a las almas. Y que por el contrario, el cielo suscite millones de aquellos que como al Padre Gallo, sepan que es un deber sagrado, darles a todos los moribundos, las fuerzas que necesitan para llegar vencedores por el camino del Calvario, hasta la Patria feliz, en donde viven con felicidad eterna, los hijos de Dios.

Predicaba todos los días festivos, y con mucha frecuencia en los días feriados; visitaba asiduamente las Escuelas urbanas y rurales, los colegios y talleres, para conocer personalmente el estado de las almas que se le habian confiado; corregía, amonestaba, suplicaba oportuna e inoportunamente, según la enseñanza del Apostol san Pablo, sembrando siempre la buena semilla, la cual con el riego del cielo, y con el rocío de las oraciones de su Párroco, se veían florecer las virtudes teologales y crecer hermosos los corazones de sus ovejas, en el amor de Jesús Sacramenta-

do. De aquí la asombrosa concurrencia diaria al banquete Eucarístico, que se nota en esta población.

CAPITULO VIII

ES MANDADO A PUERTO BERRIO

Un año permaneció tranquilo y lleno de alegría en medio de un eterno regocijo con su caro rebaño, a quien le tomó un cariño excepcional y de quien era amado tiernamente; por cuya razón deseaba quedarse entre sus queridas ovejas todos los días de vida que el cielo le deparara porque allí se veían la tierra fecunda, donde podría regar con fruto la semilla de su santa palabra. Pero Dios por sus justos juicios, e inescrutables designios, quiso probar la virtud de este santo, como puso en prueba la fe de Abraham, el padre de la promesa; con este fin le mostró, como lugar de su suplicio las mortíferas playas del Magdalena. Fue nombrado Cura de Puerto Berrio. Este nombramiento tuvo lugar en Enero de 1892, en los ejercicios espirituales que hacia el clero cada dos años. Mucho fue su dolor, muchas las lágrimas que tuvo que derramar; porque el corazón humano tiene sus grandes debilidades, tiene sus grandes apegos, aunque el alma y el espíritu sean de un San-

to. No obstante este enorme sacrificio que le imponía la obediencia, acostumbrado como estaba a practicar esta virtud, como todas las otras, se mostró contento y feliz con esta nueva resolución; porque su lema fue siempre, no quebrantar aquella solemne promesa que hace el recién ordenado en el día más grandioso, pero también el más terrible de de su vida, cuando de rodillas ante su Prelado, que le acaba de ungir con el óleo de los privilegiados en el rebaño de Cristo, le promete la más absoluta obediencia a él y a sus sucesores.

Entanto que él se preparaba tranquilo y gozoso, para cumplir con la mayor presteza la orden de su Prelado, se supo en Aranzazu la infausta nueva. Desde el mismo momento volaron todos los vecinos a firmar manifestaciones, a hacer súplicas humildisimas, a despachar peones expresos con memoriales; todos corrieron al templo a pedir al cielo que les devolviera su Pastor. Todo esto se hizo con tal fervor y con tan buena fe, que el Señor Herrera accedió a las súplicas de los aranzazunos. Para comprender lo que indica este triunfo, es necesario saber que todos los Obispos, como puestos que son por el mismo Espíritu Santo, para regir la Iglesia de Dios, no toman ninguna resolución, sino después de haberle pedido insistentemente a ese mismo Divino Espíritu que los ilumine, para que todo lo que hagan, redunde solamente en gloria de Dios, y que todo sea para santificación de las almas.

La dicha que él sintió cuando el Señor Herre-

ra le manifestó que estaba resuelto a devolvérsele a los aranzazunos, no tuvo límites. El personalmente nos refería el loco entusiasmo que le produjeron en su oído y en su corazón aquellas palabras de su Prelado. Así fue que sin más tiempo que el absolutamente necesario para hacer los preparativos del viaje, volvió, lleno de dicha, a encontrarse con sus fervorosos hijos, que tantas lágrimas habían derramado por el temor de perderle.

CAPITULO IX

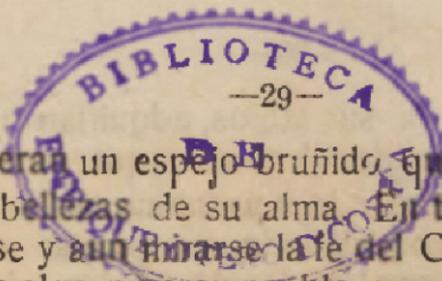
REGRESA A ARANZAZU

La recepción que se le hizo el 7 de Febrero del año de 1892, día en el que volvió a su casa querida, es algo que perdura como recuerdo risueño y encantador en los niños de entonces, que son los hombres de hoy. Gran cabalgata de hombres le acompañaron desde muy lejos de la población; las señoras desde sus balcones le arrojaban hermosas coronas de flores como un tributo justo de amor, y las multitudes de a pié, formaban calles para que su general pacífico, entrara entre los ejércitos de luchadores por Cristo. Todos llenaban los aires con gritos de entusiasmo, por que los gritos son el verdadero

lenguaje de las almas profundamente conmovidas, por los acontecimientos grandes y estupendos; por que los gritos son el verdadero lenguaje del corazón, el cual, en sus grandes momentos, no es capaz de hacer cantos, ni producir bellezas, ni encantadoras armonías, sino que como loco, salta desesperado en su estrecha jaula, como queriendo romper las barras que lo encierran para asomarse fuera, y así poder tener la dicha de ver cara a cara a su querido amor.

Esta recepción es muy significativa para todos los hijos de esta población, y en especial para los que en ese día feliz, concurrieron al encuentro, y esto por que ya no tuvieron nunca una nueva zozobra, ni temor ninguno de perder semejante prenda, y también por que los días desde aquel momento, se corrieron plácidamente, hasta que la buena muerte, vino a sellar, con llave de oro la urna sagrada que contiene los benditos restos de aquel que fue nuestro amigo, nuestro padre y nuestro pastor.

Y mientras la vida corria y la muerte se acercaba, él cumplía fielmente con los sagrados deberes de pastor: predicaba constantemente, como ya lo hemos notado. Y aunque su predicación no era un derroche de elocuencia que deslumbrara al auditorio y enloqueciera la fantasía de las multitudes, sí tenía una fuerza divina para mover los corazones a la penitencia, y tenía un resplandor sobrenatural para iluminar las inteligencias que vinieran a buscar la luz de la fe sobrenatural. Sus obras eran, pues, la mejor predicación. Sus ojos, sus labios, su rostro sus ade-



manes, eran un espejo bruñado que reflejaban todas las bellezas de su alma. En todo su ser podía leerse y aun mirarse la fe del Centurión, cuando pedía algo para su pueblo querido; la fe y la constancia de la Cananéa si impetraba misericordia para alguno de sus hijos enfermos del alma; ya era un San Pablo, cuando lloraba por las necesidades espirituales del universo mundo, y ya un San Pedro cuando amenazaba con los castigos del cielo; aquí era una Marta que preparaba acucioso el salón espiritual para las visitas del Nazareno, y allí era una María Magdalena que sentado se quedaba oyendo embelesado los cantos del Amor Divino. Su esperanza era firme como la roca, y de aquí que nunca se le vió sucumbir en las adversidades de la vida; el cielo fue siempre para él, el único remedador de los grandes males y grandes calamidades que aflijen la humanidad viadora, y de aquí que al cielo recurriera intrépido y mandara que todos los suyos recurriesen allá, con la absoluta seguridad de que pronto llegaría el oportuno y eficaz remedio. Su caridad ardía como una enorme llama y sobre todo cuando estaba a los piés de Jesús Sacramentado; allí a los piés del Sagrario, en donde mora continuamente «el Rey del silencio y del olvido» pasaba largas horas con grandísimo recogimiento y profunda humildad. El amor a Dios le consumía y por esta razón en sus últimos años le oímos repetir constantemente en sus meditaciones y en sus pláticas, aquellas palabras tan amorosas del Libro de los Proverbos: «Hijo mío dame tu corazón»

Estas palabras en sus labios, adquirían una rovedad admirable; de tal manera que uno podía juzgar que nacían de lo más íntimo de su alma, y que se las había dictado su propio amor a Dios, y su celo por la salvación de las almas. Y aun podemos decir más: aquéllas no eran palabras, sino chispas de incendio divino, que brotaban de su alma, y llegaban hasta incendiar los corazones y las almas de los más tibios.

CAPITULO X

SUS ÚLTIMOS AÑOS

Ya de muy avanzada edad, y no olvidaba su fervor primero. Bautizaba a la hora que se le solicitaba; confesaba constantemente hasta altas horas de la noche a los hombres y hasta muy tarde del día a las mujeres; sin demostrarse disgustado por este grande ejercicio. Los enfermos continuaban siendo el objeto de su principal cuidado, levantándose a altas horas de la noche para administrarle los sacramentos. El pueblo aranzazuno es testigo, por que todos le vimos marcharse a altas horas de la noche, a confesarlos; y cuando ya la bestia no podía caminar, por lo estrecho y fragoso del sendero, él se apeaba, y apesar de su robustez, se hacia guiar por

sus conductores de la mano, y así trepaba largas cuestas hasta llegar a la cabecera del moribundo que le pedía el pasaporte para el eterno viaje.

Como una prueba de su celo admirable y digno de ser imitado, queremos decir un solo ejemplo, aunque con esto podamos herir un tanto a alguno de los sacerdotes que le acompañaron en sus últimos años. No hay remedio; la historia cuenta las grandes hazañas de los santos pero también cuenta sus caídas. Si el Sacerdote se siente herido por nuestra franqueza que haga lo de San Pedro, lo de David, o lo de San Agustín. En esto no hay más remedio: Estando el Padre Gallo, muy enfermo, vinieron a solicitar un confesor para un enfermo grave. Como su compañero en el ministerio parroquial se negase, por motivos que nosotros no conocemos, el Padre Gallo, dijo textualmente: «Yo iré aun cuando muera en el camino». Dicho esto marchó a la confesión. Este acto de heroísmo Sacerdotal, debe gravarse con caracteres indelebles, al pié del crucifijo que acompañó a este digno y meritorio Sacerdote en los días de su vida mortal, para ejemplo y edificación de los que tras las huellas de Jesús marchamos por los peligrosos despeñaderos de este siglo.

Y cuando ya su salud no le permitía salir al templo a cumplir con la misión de pastor, consiguió el permiso para decir misa en su casa de habitación. Allí puso su confesonario, y continuó administrando los sacramentos. Por la mañana decía su misa y confesaba a todas las personas que se acercaban a su confesonario. Si por la

noche llegaban a pedirle algún favor, no tenía inconveniente en levantarse para confesar a los hombres, y sobre todo en los días de los primeros viernes. De tal manera que un mes antes de morir, después de haber estado enfermo, de una enfermedad atroz, por espacio de ocho años, estuvo confesando hasta altas horas de la noche.

CAPITULO XI

SACERDOTES ARANZAZUNOS

No hay duda de que uno de los mejores frutos del cielo y de las hermosísimas virtudes del Padre Callo, ha sido la ordenación de ocho Sacerdotes, salidos de una población tan pequeña como Aranzazu. Porque quién sino él, pudo mostrarle a algunos jóvenes a quienes les sonríe el mundo tan halagadoramente, que con la Cruz del Redentor a cuestras, también se puede vivir entre las eternas sonrisas, las constantes alegrías y las dichas nunca acabables? Quién si no él pudo mostrarles que es más feliz el hombre que ama a Dios que el que ama al mundo? Cuando jóvenes vimos muchas, muchísimas veces, la alegría de esa alma pura, vimos las dulzuras de la cruz del Salvador, y comprendimos que su yugo

es suave y su carga lijera, y por esto emprendimos resueltamente el camino de las mortificaciones, y nos expusimos voluntariamente a ser el escarnio del mundo, el blanco del demonio, y los verdugos de la carne. Y de seguro, que si mantenemos en nuestros corazones y en nuestras mentes el recuerdo de esa virtud ambulante, y con la gracia del cielo llegaremos donde él ha llegado.

No hay duda de que a su admirable devoción a la Santísima Virgen del Rosario, y a la práctica del rezo del Santísimo rosario, que él practicaba y aconsejaba con insistencia que se rezara, se debe la pureza de las costumbres que se conservan hoy, como en los tiempos más fervorosos de la antigüedad; pues parece que la Santísima Virgen cobijara de una manera especial las hijas de este pueblo, para librarlas del pecado impuro.

Tampoco puede dudarse que las virtudes sobresalientes del Padre Gallo han sido la causa mediata de que este pueblo conserve todavía la fe del carbonero, y las costumbres patriarcales, y que su vida se corra felizmente entre los copos del humo del incienso que al cielo suben llevando todo el perfume de sus oraciones, junto con las indecibles armonías que producen mil labios que se agitan para alabar a Dios. Ciertamente: entre el perfume del humo que exhala el incienso al quemarse en los incensarios y el dulce murmullo de las oraciones, vive felizmente, dulcemente, tranquilamente, el pueblo aranzazuno, porque el Verbo Eterno que es la verdad misma, ha di-

cho que éste es el verdadero negocio, o mejor, el negocio único, del hombre sobre la tierra.

Se nos olvidaba decir que el Padre Gallo fue quien edificó la hermosa Capilla del Cementerio y que a él le tocó decir la primera misa el 26 de Julio de 1906.

CAPITULO XII

SU MUERTE

Así cumpliendo sin descanso con su sagrado deber, pasó toda su larga vida, hasta que el 5 de Mayo de 1920, después de una enfermedad de 8 años, como ya dijimos, que no pudo arrancarle a aquella alma grande la serenidad y la alegría de toda su vida, porque era alegría divina, después de haber recibido los santos sacramentos, con los que la Iglesia auxilia a sus hijos para el paso supremo, sintió el golpe final de la muerte, y entregó su alma santa a Dios, a los 69 años 5 meses y 25 días de edad; y a los 29 años y 3 meses de haber llegado a esta Parroquia para él tan amada y en donde tanto se le ama aún.

La noticia de su muerte corrió como una chispa eléctrica por todos los confines de la Parroquia. Las lágrimas, que son el hermoso tributo del corazón a los que se ama, corrieron con abundancia.

Los habitantes del campo corrieron presurosos a ver por última vez el ángel tutelar, y a darle el adios postrero; las campanas hendiendo los aires con majestuosos y fúnebres lamentos lloraban la pérdida de su compañero, y sus gritos de dolor, se iban a perder en les negras concavidades de los majestuosos Andes, semejando los lamentos de las almas que se quejan.

Durante la noche permaneció el cadáver en Capilla ardiente, no oyéndose, a pesar de la incontable multitud de visitantes, más que un misterioso murmullo que iba creciendo, creciendo, cual río misterioso que naciera en las lóbregas montañas de este mundo y que dirigiera su corriente triste hacia las felices playas de una venturosa eternidad.....

A la mañana siguiente, día 6, toda la población se puso en movimiento para acompañar a su Párroco hasta la tumba fría donde el hombre va a dormir « el largo sueño que le da a los muertos ». El Honorable Concejo, después de haber dejado constancia del trágico suceso, que dejaba en eterno luto la población, por la desaparición de tan digno ciudadano y tan benemérito Sacerdote, concurrió con la bandera enlutada, a este acto; los Colegios, las Escuelas las Asociaciones piadosas, y el pueblo en masa estuvieron presentes en el templo para contemplar por última vez al general que cayó muerto en medio de la lucha, envuelto en el blanco manto de sus trofeos.....

La oración fúnebre estuvo a cargo del muy digno señor Vicario Foráneo de Salamina, Presbítero doctor don Rafael Ramírez V. Cura de esa ciudad,

el cual cumplió fielmente con su cometido.

Terminada la misa solemnísimá de Requiem, de cuerpo presente, empezó la multitud a moverse como un inmenso mar de cabezas humanas, hacia el cementerio, a ver dónde quedaban reliquias tan sagradas. El ruido sordo y lento del constante caminar de las multitudes, los vagos y constantes suspiros, las tristezas infinitas de todos los corazones, el constante murmullo de las oraciones que todos lanzaban al cielo por su amigo, se confundían, de una manera misteriosa, con el solemne «De profundis» cantado por los Sacerdotes.

Ya en el Cementerio, los labios se abrieron para cantar las virtudes del extinto: don Roberto Duque habló en nombre de la Sociedad Pecagógica; don Juan José Duque en nombre de las señoritas; don Roberto Agudelo en nombre de las señoras; don Fransisco Luis Hoyos en nombre de los agricultores y don Luis Felipe Giraldo en nombre de del H. Concejo,

A pesar de lo largo de la ceremonia, nadie se retiró de aquel lugar, ni nadie se sintió cánsado, porque lo que en verdad sentaín aquellos corazones amorosos, era tenerse qué separar de un ser tan querido.

Tan leal es el amor que tiene el pueblo aranzano al Padre Gallo, que al mes de muerto toda la población quiso saludar los restos de aquel amigo que le dió el último adiós. Como por encanto, se reunieron los mismos que antes le acompañaron y en peregrinación dolorosa marcharon unidos, y en el más completo silencio. En este acto llevó la palabra el señor Cura de Filadelfia, señor

Pbro. doctor don Manuel V. Restrepo, con expresa autorización del Ilmo señor doctor don G. Nacianceno Hoyos

CAPITULO XIII

ANIVERSARIO DE SU MUERTE-E INAGURACION DE SU BUSTO

Una de las señales del verdadero amor, es la gratitud. Para el pueblo aranzazuno el solo nombre del Padre Gallo es lira encantada que lo electriza y fascina. Sólo así puede uno explicarse que para el Aniversario de su muerte, se pudo preparar otra peregrinación con el mismo fervor y entusiasmo. El desfile fue igualmente majestuoso e imponente. Los elogios se repitieron ante el más humilde y sencillo de los Párrocos, el cual nunca pensó en que su nombre fuera a ser el encanto de los corazones de sus hijos en Cristo, y mucho menos después de haberlos dejado en la playa desierta, divisando su barca gloriosa que sobre las dulces y tranquilas ondas, se marchaba, sonriente y alegre entre los coros de los bienaventurados.....Qué bien se cumplen en este dulce y humilde Pastor las palabras proféticas de María Santísima: «Quitó a los poderosos de sus tronos, y levantó a los hu-

mildes»

Hablaron en nombre del pueblo, el doctor Marcos Ocampo, don Roberto Agudelo y don Luis Felipe Giraldo.

En el mismo año (1921) deseando los hijos de Aranzazu que la memoria de tan santo varón no perezca ahogada en el polvo del olvido, como acontece generalmente con la memoria de todos los Sacerdotes, y que por el contrario, perdure su recuerdo para ser el ejemplo de Sacerdotes y civiles, pensaron en levantarle un monumento de bronce en un lugar visible de la población. Y como no hay empresa imposible cuando la emprende el amor, pudo verse el glorioso monumento en el parque de la iglesia, el día 6 de Enero de 1922. En este acto, llevaron la palabra entre otros, don Rudecindo Ocampo y el Pbro. doctor don Benjamín Muñoz O. Cura de la Párrquia

Nosotros, nos descubrimos ante esta figura venerable, y nos atrevemos a exclamar en su presencia:

PADRE GALLO

*Fuiste amor, fuiste luz, fuiste armonía,
Fuiste alas de Querub y así volaste
Entre marciales himnos de alegría
Al cielo de tu Dios, que ya encontraste.*

*Fuiste ave en la oración y transpasaste
El espacio infinito en rauda vuelo;
Cual paloma de paz al cielo entraste
Y con Pablo llegaste al tercer cielo;*

*A rogar por tus hijos de Aranzazu
Que tras tu huella siguen su camino,
Y antes que el sol de paz llegue a su oca so
Quieren lograr el fin de su destino.*

*Fuiste mas: fuiste miel, fuiste poesía,
Y relicario dó moró el Dios de amor;
Pomito dó se guarda la ambrosía
De la angelical virtud y del candor.*

*Todo esto fuiste aunque el mundo crea
Que en humilde ser no hay mérito tanto
Pues quien no haya luchado en cruel pelea
No podrá comprender lo que es ser Santo*

TERMINACION. Con este monumento, ya no perecerá la memoria de nuestro querido Párroco, sino que desde allí será el faro luminoso que demostrará a la posteridad, cuánto valen los sacrificios que se hacen por Dios y por la Patria.

CAPITULO XIV

ALGUNAS COMPOSICIONES

Entre las muchas composiciones que se han escrito en elogio del Padre Gallo, queremos recordar las siguientes, entretanto que hacemos una colección completa.

—CLAMORES TRISTES—

Tres años hace que la muerte fiera con su mandoble cruel y horripilante, descargò su guadaña traicionera sobre una vida de virtud sincera.....y entonces élla se sonrio triunfante; y lo dejó tendido por el suelo al golpe de su espada destructora, y al dejar con su golpe triste duelo, sintió su grey gran pena y desconsuelo, y hoy todavía se contrista y llora; la Parca, entonces, envainó su acero contenta de su triunfo y su victoria, guardó su sable formidable y fiero; si el golpe, al cuerpo se lo dió certero, no pudo descargarlo en su memoria, porque ésta siempre en el recuerdo vive, no se apaga jamás, es tan radiosa; no hay uno de sus hijos que lo olvide y en el fervor de su oración le pide que resurja con vida de la fosa.

Oh sepulcro feliz, guardas un santo que pasó por el mundo haciendo bienes, vivió aliviando penas y quebrantos, suavizó mil heridas y mil llantos haciendo sonreir dolores crueles; una lluvia de lágrimas te moja, y te suplica con clamor ferviente que devuelvas al santo a que recoja el dolor y la pena y la congoja que devora a sus hijos inclemente; ábrete, pues, sepulcro despiadado, rómpete fosa cruel y traidora, devuélvele la paz al angustiado, y que él enjague el llanto del que llora. Así te pide quien está sufriendo pues sabe que con él todo lo alcanza, cuando el dolor tenaz iba sintiendo, y con tristeza atroz iba muriendo en él ponía toda su esperanza.

Para todo el hambriento pan tenía, era con-

suelo en el dolor profundo, al que estaba haraposado lo vestía, con toda el alma al pobre recibía y era sonriente para todo el mundo; era apóstol sublime y bendecido, era su pecho primorosa arca, era alegría y paz del afligido, era aquel viejecito tan querido segura providencia en la comarca; fue un angel bello que cruzó la vida repartiendo sonrisas y favores, era estrella del cielo desprendida que iluminaba el alma oscurecida por angustias, pesares y dolores; por eso todos hacia él corrían por que estaban seguros de consuelo, con su limosna a muchos sostenía, era un granero donde todo había, y entre su pecho resguardaba un cielo.

Por qué te fuiste, Padre cariñoso, y los pobres dejaste en amargura? porqué a los tristes les robaraste el gozo y les diste un dolor tan espantoso con una pena formidable y dura? por qué dejaste al pobre abandonado, a la viuda, al huérfano y al triste? no les ves la aflicción en que han quedado?; su pobre corazón está enlutado desde que tú en la tumba te dormiste.

Oh tumba cruel, devuelve los despojos del angel, del apóstol y del padre; yo te pido prostrado aquí de hinojos que le calmes el llanto a tantos ojos y devuelve a los huérfanos su madre. Oh pálida huesosa, despiadada, eres culpable del dolor que veo, sin ninguna piedad blandes tu espada. y cae furibunda y malhadada como el buitre cayó en su Prometeo.

PADRE GALLO, despierta y oye el grito que triste repercute entre tu tumba, el vacío que siento es infinito, sin ti el que sufre vivirá proscrito

Fuiste radiosa estrella en este mundo;
astro eres hoy que nunca se derrumba;
si te apagaste con dolor profundo,
plétórica de luz quedó tu tumba.

J. M. Nuñez Bónima



Aranzazu, Marzo 19 de 1926.

José F. López M.

FIN